

Tras la línea

El rastro de Degas

Sergio González Rodríguez

Uno de los mejores tratados sobre fantasmas que se han escrito se titula *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605). El plan literario de Miguel de Cervantes Saavedra fue sencillo: escribir una obra basada en diálogos que presentara las aventuras en el mundo y al azar de un hombre que confunde la realidad con los relatos medievales de caballería. En el centro del protagonista, y de la novela, está la fuerza espectral que se bifurca entre la demencia y los sueños, el deseo y las promesas incumplidas. El ser desgarrado entre sus aspiraciones y la dureza de la supervivencia.

En el capítulo XVI, e inmerso en la confusión de sus fantasmas, Don Quijote cree ver, en una mujer vulgar, los atributos de la belleza ensoñada: “tentóle la camisa y ella era de arpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cedal. Traía en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero a él le parecieron vislumbres de preciosas piedras orientales; los cabellos que en alguna manera tiraban a crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol oscurecía; y el aliento que, sin duda alguna, olía a ensalada fiambre y trasnochada, a él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático y, finalmente, él la pintó en su imaginación de la misma traza y modo que lo había leído en sus libros de la otra princesa que vino a ver al malferido caballero vencido de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos”.

El fantasma que evoca Don Quijote tiene por lo menos dos caras: la ilusoria y la real, que a su vez se alternan cada una. Si para el Caballero de la Triste Figura aquella mujer fea pudo proyectar una belleza ideal, para su compañero de aventuras, Sancho, será una mujer deseable tal cual

en su fealdad (“comenzaron entre los dos la más reñida y graciosa escaramuza del mundo”).

El episodio cervantino podría mostrar este dinamismo simbólico: para mí cualquier mujer puede ser ideal, pero para otro la idealidad se funde con lo real: “una moza asturiana ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas; no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera”.

El juego de fantasmas que el deseo amoroso despierta, y que ejemplifica la alternancia entre lo real y lo espectral entre Don Quijote y Sancho, implica una configuración que se reitera en cada persona, en particular, cuando se da el caso de dos amigos que, por alguna circunstancia, comparten el mismo objeto de deseo o mujer amada. En cada uno de ellos habita dicha alternancia donde a veces uno es el idealista y el otro el realista, y la mujer de por medio pasa a ser, según indique el arbitrio, una Dulcinea o una Maritornes.

Y si se tratara de dos mujeres que comparten proclividad por un hombre, la situación sería análoga. Y así como Don Quijote convierte dos manadas convergentes en una llanura polvorienta en la imagen de dos ejércitos medievales que están a punto de consumir una gesta de caballería, dos mujeres enamoradas del mismo hombre pueden obnubilarse de modo tal que la realidad pase a un segundo término.

La literatura como fuente de fantasmas será uno de los dispositivos (en el sentido Foucault-Agamben de conjuntar una máquina de subjetividad y de gobierno al

mismo tiempo) fundamentales de la literatura moderna, en particular, a partir del romanticismo y sus efectos a través de la novelística, que a mediados del siglo XIX serán retratados por Gustave Flaubert con *Madame Bovary*, en otro orden de cosas, el del conocimiento, con la obra póstuma *Bouvard y Pécuchet* del mismo escritor, parodia del *Quijote* cervantino y sarcasmo del enciclopedismo del siglo XVIII allegado al XIX, que se desenvuelve en la aventura de dos obsesos en el mundo de los libros.

La anterioridad, el universo de los que nos precedieron, suele ignorarse desde el presente, o se le otorga menos atención que las urgencias inmediatas. Pero cuando se trata del propio pasado, de los fantasmas que nos rondan, la danza con ellos vale más al convocarlos como algo vivo que como algo muerto.

En el otoño de 2011 estuve en París. Tenía en mente acudir a la calle de Victor Massé, allá donde tuvo su casa-estudio Edgar Degas en las cercanías de Pigalle. Era yo un fantasma que convocaba a otro fantasma. ¿Por qué comenzó esta cacería en busca del manto sin costuras entre yo y un genio predecesor? Había leído en *La Folie Baudelaire* de Roberto Calasso un detalle de los últimos días del pintor impresionista de la feminidad, que registra que “la vejez de Degas fue desgarradora; una larga, prolongada desolación”.

Calasso evoca que Degas, casi ciego, rosáceo y vigoroso aún, de imponente barba blanca, “se lanzaba en peregrinaciones insensatas por las calles de París. Caminaba por caminar. Vestido con poco cuidado, como un vagabundo, se movía a pequeños pasos, con aparente seguridad”. En esa época, Degas confesó a un amigo: “duermo incluso demasiado bien, ocho o diez

horas por día... el sueño y las piernas: eso es lo que me queda”.

Degas debió dejar la casa de la calle Victor Massé donde vivió quince años. La manzana iba a ser demolida y se mudó a un piso en el cerco Boulevard de Clichy, donde ya no volvería a pintar. Todos sus enseres quedaron embalados y sus cuadros puestos contra una pared. Comenzó entonces a pintar en su cabeza mientras caminaba por París. Mallarmé habría dicho: “hacía telas mentales”.

Vollard, el marchante de arte, consiguió que “sus pasos acababan siempre por dirigirlo a su casa en demolición. Retirados los últimos cascotes, habían colocado unas tablas a lo largo del borde de la acera. Allí podía verse un viejo mirando, a través de las rendijas de la empalizada, hacia un terreno desnudo...”.

A un siglo de aquello, nada queda de la vieja casa de Victor Massé. El vecindario se ve lleno de turistas de todas partes del mundo que acudimos a sondear los restos ya casi invisibles del París legendario de la Bella Época, el cabaret Moulin Rouge, el Museo del Erotismo, los comercios de *souvenirs* fabricados en China sobre el Boulevard de Clichy. En las aceras proliferan los migrantes africanos que expenden mercadería pirata.

Al caminar por las calles adyacentes a Clichy descubrí al fantasma. Así, de súbito, sin interposiciones ni avisos. Pero no era Degas, su deambular errático ni su barba blanca: era mi propio fantasma. En una

esquina me aguardaba tras los vitrales una juguetería musical que me devolvía a mis doce años de edad, cuando descubrí, con mi hermano Pablo, que podíamos formar un grupo de rock. Y lo fundamos.

La tienda de instrumentos musicales había ya cerrado, y tras los ventanales, en una sala amplia, como si se tratara de un museo, se exhibían en plataformas y vitrinas modelos impecables de diversos instrumentos de otros años: baterías Ludwig, Rogers y Slingerland, amplificadores Fender, Alamo, Carvin, Sunn, Acoustic, Kustom; guitarras Silvertone, Gibson, Gretsch, Framus, Hagström, Mosrite y Hoffner, de suyo inverosímiles. Brillantes, deseables hasta la desesperación, materia de sueños en la exactitud de sus maquinarias cromadas y el barniz exquisito, sus acabados de plástico chispeante o de hueso, Carey o nácar. Algunos de esos instrumentos habían sido motivo de mis desvelos de niñez cuando los vi en los repertorios Veerkamp de la calle de Mesones, Wagner en Venustiano Carranza, Menzel en Palma cerca de Donceles, Sala Chopin en Álvaro Obregón o el de la Plaza Miravalle (ahora Cibeles) y el comercio Musical Mexicana de Puebla casi esquina con Insurgentes. Aquella máquina del tiempo era una máquina de fantasmas.

En lugar del terreno vacío que Degas atestiguaba donde estuvo su casa, y que fui a buscar aquella noche en Pigalle impulsado por una lectura, me observé a mí mismo como nunca antes pude hacerlo. Los

amigos parisinos que me acompañaron esa vez nada recuerdan de aquella tienda de instrumentos cuando les pregunté dónde estaba. Ni siquiera sabían de qué les hablaba. ¿Fue una ensoñación fugaz, propia del ánimo alucinatorio de los viajes? A la fecha, lo ignoro a ciencia cierta. Ya volveré a París y caminaré hasta hallar la tienda, convertido en mi propio Degas.

Quizás el episodio de quien vuelve a cierto sitio y descubre sus fantasmas esté lejos de ser algo excepcional. Es algo reservado a todos y cada uno de nosotros en algún momento de nuestra vida.

En la década de los noventa, y de camino a una cita de trabajo en el Conjunto Del Bosque atrás del Auditorio Nacional, pude distinguir en los alrededores cómo se acercaba, tambaleante, un hombre robusto, la cabellera revuelta, la vestimenta toda blanca de pies a cabeza. Frente a la zona de los teatros, emitía un monólogo intenso en perfecto inglés, quizás una pieza de Shakespeare. Era un barco ebrio que parecía dirigirse a un público espectral desde un escenario imposible. Eran las nueve de la mañana y en el rostro del hombre, máscara de pesar y vehemencia, se distinguían los restos de un desvelo y un furor que desbordó un festejo de horas y debió terminar por recalar en ese rincón de otros años.

Pudo ser que Juan José Gurrola, quien era esa figura de blanco que atisé esa mañana en las orillas del Bosque de Chapultepec, sólo adelantaba, para quien pudo verlo, su condición actual de fantasma. **U**



Edgar Degas, autorretrato, 1855



Giovanni Boldini, *Ómnibus en la Plaza Pigalle*, 1882